



Algunos miembros de la familia Vargas Manzano, en el salón de su casa en La Cuesta, en Tenerife.

algún momento», comenta Servanda. Raros episodios de racismo, cierto; pero tan cierto como que a su nieto de 19 años le partieron la cara a palos hace un par de meses en La Cuesta. «Sentimos impotencia ante eso, no podemos responder, porque tenemos educación, pero eso no se le hace a un niño bueno», se lamenta Servanda.

Siguiendo los conceptos del racismo moderno, muchos opinan que los niños gitanos protagonizan un elevado absentismo escolar, dato que niega la directora general de Ordenación e Innovación Educativa, Juana del Carmen Alonso Matos. Según Miguel Heredia, el absentismo puede darse especialmente en las niñas al llegar a una cierta edad, por el miedo de las familias a que se pueda poner en peligro la pureza de las chicas, un requisito imprescindible en la cultura gitana para casarse. Respecto al absentismo existe poca información, primero porque la escolarización ha sido normalizada y segundo porque los datos son globales. «Hay padres que no tienen conciencia de la necesidad de la escolarización de sus hijos y se dejan ir, pero eso se da tanto entre gitanos como entre padres de otra raza», añade Alonso Matos.

La contradicción entre costumbres sí es una constante en la vida de los niños, que viven unos usos y ciertas disciplinas en el colegio y otros muy diferentes en su hogar. «Eso hace

que los niños se sientan un poco desplazados», indica Josefa Santiago, presidenta de *Romí kamela nakerar*, para quien aprender a convivir desde pequeños es la base sobre la que levantar el futuro.

El primer pilar de esa base es el programa estatal de Desarrollo del Pueblo Gitano, por el que 14 comunidades autónomas –entre ellas Canarias– financiarán un CD que proporcione a los alumnos un conocimiento de la cultura gitana y acabe con los tópicos.

Tal vez para las niñas la contradicción entre culturas sea mayor, porque la sociedad gitana también está conformada sobre conceptos que no dan a la mujer igual consideración que al hombre. Y aunque ellas no están de acuerdo en que sea una cultura machista, lo cierto es que la virginidad, la elección de marido o la crianza de los hijos y el cuidado de la familia no fomentan precisamente la independencia femenina. Pero los tiempos cambian para todos y los gitanos no están al margen de esos cambios. La era digital existe para payos y gitanos, y quien no se sube al carro de la tecnología queda al margen del progreso. El pueblo gitano sabe que para avanzar debe emplear herramientas que lo hagan más cercano –aunque también más permeable– al resto de la sociedad. Conscientes de ello, la Unión Romani y el Secretariado General Gitano tienen diversas publicaciones y páginas

web con abundante información.

Los cambios también se dan con asuntos como estudiar, trabajar fuera de casa o compartir las tareas del hogar, prácticas que aumentan entre mujeres y hombres gitanos. Para los más tradicionalistas ese trastrueque de nociones está iniciando el declive de la cultura caló.

Miguel Heredia, periodista de profesión y argentino de nacimiento, lleva once años residiendo en Gran Canaria junto a su mujer y su hija. Habla romaní, una lengua que se ha perdido mucho en España, al contrario que en el resto del mundo. A su juicio, el trato entre payos y gitanos «es un problema de valores, no de conceptos». Heredia defiende el dualismo en la educación de los hijos, porque con el predominio de una cultura sobre la otra «acabas no siendo nada. Hay que ser más sensible al mundo exterior». Y en esa apertura al mundo y la modernidad es donde, lógicamente, se dan los choques.

Una tradición que pervive a lo largo de los siglos es el rito de la boda, cuya máxima expresión de felicidad se da cuando los asistentes se rompen la camisa.

Heredia resume: «Para poder seguir siendo lo que somos, y la sociedad seguir siendo la pluralidad que es, con minoría incluida, deberíamos seguir rompiéndonos las camisas».